

Poder popular y memoria

MIGUEL MAZZEO¹

Los textos que componen este libro polifónico comparten un interrogante que podría formularse del siguiente modo: ¿cuáles son los requisitos teóricos y políticos básicos para refundar una política emancipatoria para Chile, para Nuestra América y para el mundo entero?

Este interrogante se pone manifiesto en dos problemáticas, en rigor de verdad dos obsesiones, que atraviesan impertérritas la heterogeneidad de estos textos: la memoria y el poder popular.

Se trata de problemáticas y obsesiones entrelazadas, indispensables a la hora de concebir las praxis articuladoras de un proyecto de transformación radical. ¿Podía ser de otro modo en el caso chileno? El país que asistió a uno de los experimentos de construcción de poder popular más importantes de la historia mundial. Nos referimos al gobierno de la Unidad Popular (1970-1973), pero fundamentalmente a la experiencia social y política plebeya que lo rodeó, a las iniciativas autónomas de los y las de abajo que produjeron institucionalidades extraoficiales basadas en el autogobierno y la autogestión. Pensamos, por ejemplo, en los Cordones Industriales, en los Comandos Comunales y otras formas de poder territorial, en los fundos controlados por los trabajadores, en las Juntas de Abastecimiento y Control de Precios, en la Asamblea Popular de la ciudad de Concepción, etc. Por supuesto, no podemos dejar de considerar los antecedentes: las décadas previas de acumulación política

¹ Profesor de Historia y Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Es docente e investigador en varias universidades argentinas e investigador del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC). También ejerce como docente en espacios de formación de distintas organizaciones populares y movimientos sociales de Argentina y Nuestra América. Fue militante del Frente Popular Darío Santillán desde su fundación en 2004 hasta 2013.

e identitaria de las clases subalternas y oprimidas, los largos años en los que el pueblo chileno fue realizando su arduo aprendizaje respecto de sus intereses vitales.

Luego, lo consabido: el terrorismo de Estado cortó de cuajo lo que algunos autores han denominado un “proceso prerrevolucionario prolongado”. Así, se abrieron compulsivamente las puertas para las prácticas desocializadoras del neoliberalismo con su metafísica de la mercantilización y su religión de la acumulación. Más tarde inició su sórdida procesión la democratización neoliberal, con su teoría de la democracia elaborada en ambientes empresariales y con su sustrato filosófico abiertamente hobbesiano y paranoide. En fin, las sucesivas derrotas populares dejaron una hendidura que por un tiempo pareció infranqueable.

A este escenario localizado hay que sumarle un contexto general caracterizado por el derrumbe de los denominados “socialismos reales”. Más allá de sus infidelidades al proyecto socialista y de sus tergiversaciones de la utopía emancipadora, su crisis afectó a la idea misma del socialismo y a todo lo que ella contiene: lucha de clases, antiimperialismo, anticapitalismo, marxismo, revolución. La crisis condenó a la idea y al proyecto socialista al olvido, los relegó al terreno de las quimeras irrealizables (o directamente infernales), los compuso como materia de románticos trasnochados.

Cuba quedó sola, demasiado sola, mucho más después del traspie sandinista. Pero a pesar de que no logró reactualizar su modelo socialista, su ejemplo de resistencia fue fundamental para sostener las luchas contra el neoliberalismo libradas en cada rincón del mundo. Lo mismo cabe decir respecto de su rol solidario, que se mantuvo aún en las peores circunstancias, en medio del páramo del “período especial” y en el marco de una campaña feroz y desproporcionada. Es prácticamente un imperativo ético-político justipreciar ese rol.

De igual modo, merecen ser consideradas en su justa dimensión histórica las diversas formas de resistencia desplegadas por el pueblo chileno en las décadas del ‘80 y ‘90. Este libro también busca rescatar esa memoria, sistemáticamente negada por el posibilismo de

las organizaciones sociales y políticas que pactaron con el bloque de poder (“concertaron”) la transición a una democracia neoliberal, a una gestión civil del modelo y a las nuevas formas de dominación. La situación comenzó a modificarse con el inicio del milenio. Un poco antes, si consideramos el precursor alzamiento zapatista y el ciclo de protestas contra la globalización neoliberal iniciado en Seattle en el año 1999. Y aunque todavía estemos en los prolegómenos, es innegable que la idea y el proyecto socialista han comenzado a revitalizarse.²

Primero por el desarrollo, a lo largo y ancho de Nuestra América, de infinidad de experiencias populares objetivas o deliberadamente contrahegemónicas y, claro está, por experiencias de gobierno popular avanzadas y originales que invocan el socialismo como camino y horizonte. El mejor ejemplo es la Venezuela bolivariana. Viene detrás el proceso de descolonización en Bolivia.

Luego, porque el capitalismo ha ingresado en su fase más destructiva. Se ha quedado sin “mercancías progresistas” para ofrecer o, por lo menos, ha mermado considerablemente su stock. El capitalismo se degrada y nos degrada en todos los campos: ecológico, económico, social, político, cultural. Urge plasmar una alternativa civilizatoria. Ya no se trata de una discusión sobre las posibilidades de un sistema alternativo al capitalismo, sino de la constatación de su imperiosa necesidad. En las clases subalternas y oprimidas emerge una conciencia anticapitalista. Por eso el socialismo retorna al pensamiento político y son redescubiertas sus posibilidades como sistema para que los seres humanos se realicen como comunidad, para que los pueblos preserven y revitalicen sus identidades, para terminar con el colonialismo y con la explotación de los hombres, las mujeres y la naturaleza, para acabar con la alienación, la pulsión de muerte y la desolación.

Esta revitalización de la idea y el proyecto socialista indefectiblemente viene acompañada de una rediscusión a fondo de sus

² Retomando lo mencionado sobre el rol de Cuba, cabe el interrogante: ¿hubiese sido posible esa revitalización sin la resistencia, el ejemplo y el apoyo de Cuba en los momentos más difíciles?

lineamientos generales: axiología, saberes, fundamentos, horizontes, estrategias, tácticas, métodos. Exige desandar viejos paradigmas. Busca desprenderse del lastre de los experimentos fallidos y abjura de las rutas predeterminadas. Quiere ser pensamiento crítico y utopía emancipadora de signo antiimperialista, anticapitalista, ecológica y radicalmente democrática.

El nuevo pensamiento emancipador no sólo se va constituyendo a partir de la crítica a la izquierda dogmática, sino que, ratificando su vocación radical, también ejerce una crítica demoledora a las versiones encubiertas de la socialdemocracia y el social-liberalismo.

Asimismo pretende dar cuenta de los nuevos sujetos de la emancipación, de una nueva clase trabajadora, del subproletariado de las periferias de las grandes urbes, del “precariado” o el “pobretariado”, de los pueblos originarios, de las mujeres, de las minorías étnicas, raciales, sexuales, al tiempo que revaloriza el rol histórico del campesinado. Todo esto sin conceptualizar la existencia de clases predestinadas y apostando a las praxis articuladoras y subjetivantes.

Este libro contribuye a abrir un debate estratégico. Esta apertura, además, es una señal prístina de un grado importante de recomposición política y cultural de la izquierda y el pueblo chilenos. Es, por eso mismo, un aporte al conjunto de las fuerzas populares de Nuestra América.

La memoria, concretamente la memoria sobre el poder popular, la memoria sobre el tiempo de la revolución chilena (o, si se prefiere, la prerrevolución chilena), no es un fantasma del pasado que retorna. No se trata de piezas sueltas rescatadas del naufragio. Sucede, simplemente, que en Chile transcurre un presente que habilita el futuro. Y, como se sabe, el futuro es el mejor lugar para pensar la tradición. La memoria remite al proyecto pero se redefine en torno a él. Aunque parezca paradójico, la presencia del futuro impone una discusión a fondo sobre el pasado y una guerra contra el olvido y contra el cinismo de los que pretenden escribir la historia de los vencidos con la cabeza del vencedor.

Consideramos que el pueblo chileno vuelve a sentirse el heredero orgulloso de una tradición maravillosa. Los errores, la derrota y la intemperie posterior ya no alcanzan para ocultar sus brillos. Chile supo ser el epicentro histórico y el laboratorio social de una praxis basada en la creación de poder popular. No por casualidad fue el punto de encuentro de la agudeza intelectual y el espíritu crítico. Chile constituye un caso histórico que permite ahondar en los vínculos –los históricos concretos y los deseables– entre el poder popular y un gobierno popular legítimo que, contradictoriamente, al tiempo que desataba y alentaba al fantasma popular, buscaba reabsorberlo en el molde de las instituciones burguesas. Una ocasión que también invita a examinar los vínculos –también complejos y en absoluto idénticos– entre las instancias de poder popular y las organizaciones políticas revolucionarias, oficiales u extraoficiales. ¿O acaso el poder popular no colisionó con la tradición verticalista y vanguardista de muchas organizaciones revolucionarias que, en contra de lo propuesto por Karl Marx, pretendieron amoldar el movimiento popular a sus “principios especiales”?

No es difícil constatar que cada vez es mayor el reconocimiento de la densidad de esa experiencia práctica y de la reflexión teórica (con su cuota altísima de imaginación creadora) que se gestó alrededor de la misma. Desde este presente de lucha, reorganización y recomposición utópica, es imposible no verla como un escenario soñado. Al tiempo que surgen las propuestas sobre las líneas de actualización. El pueblo chileno también está buscando los modos más vigorosos de administrar esa herencia. Esa herencia es “sagrada” y, por lo tanto, alude a todo aquello que establece continuidades y raíces sólidas.

Esta circunstancia se advierte en el surgimiento de una nueva militancia social y política. El movimiento de 2011, sin dudas, fue uno de sus emergentes más visibles, junto a las movilizaciones territoriales del año siguiente. Unos años antes, en 2006, la “rebelión pingüina”, había establecido un punto de inflexión en el plano político-cultural.

Lo que es cada vez más incontrastable es que la experiencia histórica del pueblo chileno en torno de la Unidad Popular, a comienzos de la década del '70, tiene mucho para aportar a los procesos que pretenden generar un nuevo sentido para el socialismo de Nuestra América. Un buen ejemplo es la Revolución Bolivariana de Venezuela, que se nutre de la idea del poder popular y busca avanzar a partir del desarrollo del poder comunal. También cabe destacar la presencia de esa impronta en cientos de movimientos sociales, de organizaciones populares de Nuestra América que, nacidos y nacidas en las luchas contra el neoliberalismo, han venido desplegando en la última década orientaciones anticapitalistas y socialistas. No se puede pasar por alto el ensayo del neozapatismo mexicano, con sus Juntas de Buen Gobierno y con sus Caracoles en el Estado de Chiapas.

Este libro constituye un aporte a la elaboración colectiva del concepto-noción de poder popular. Elaboración que remite a un proceso que es al mismo tiempo teórico y práctico. Nunca nos cansaremos de subrayar la complejidad y la riqueza política (y antropológica y filosófica) contenida en la noción del poder popular. Los términos de la misma, aislados, deshilachados, son de por sí tema de controversias. ¿Qué decir de un maridaje entre ambos? Combinados producen una aleación singular que contiene todas las incertidumbres emancipatorias, todos los acertijos revolucionarios. Pensar el poder popular con criterios de eficacia política nos coloca ante el desafío de hallar las proporciones exactas (e históricamente adecuadas) de componentes “inestables”. Por ejemplo, el poder popular exige la articulación de centralismo y democracia (u horizontalidad, si se prefiere), institución y movimiento. También plantea el debate sobre el tipo de vínculo entre el poder instituyente y el poder instituido, entre el poder territorial y la soberanía nacional, entre un movimiento popular y un gobierno popular (entre los embriones de nueva institucionalidad y una estructura de mandos estatal). La noción compendia buena parte de los problemas de la transición al socialismo, por eso sus alcances teóricos y prácticos exceden con

creces los lugares comunes de las tematizaciones convencionales de la izquierda revolucionaria sobre “poder obrero” o “poder dual”.

Al mismo tiempo, consideramos que la reflexión sobre el poder popular ganaría mucho en profundidad si rompe con el etnocentrismo y el fundamentalismo leninista (lo que no implica renunciar a los logros de leninismo) e incorpora las visiones de algunos intelectuales indígenas de Nuestra América que, con visiones radicalizadas y alejadas de todo esencialismo, han meditado sobre la “comunalidad” o el “comunalismo” del mundo indígena. Se trata de visiones que nos proponen ir más allá de la democracia occidental, que nos plantean la posibilidad de una democracia mucho más profunda y real y de fuentes no occidentales. También debemos ejercitar la mirada para poder detectar los embriones de gobierno alternativo que los pueblos de Nuestra América vienen perfeccionando y defendiendo en silencio y en soledad. Debemos estar atentos a esas voces a las que, tanto el sistema de dominación como nuestros prejuicios, les colocaron sordinas. Debemos desarrollar la capacidad de detectar el potencial de las territorialidades subalternas y oprimidas. La reflexión y la praxis sobre el poder popular saldrán enriquecidas si abrevan en ese manantial del autogobierno y la autonomía.

Por otra parte, existe el riesgo de confundir el poder popular con alguno de sus términos individuales, con el “poder” o con lo “popular”, aislándolos, olvidando que la combinación altera sustancialmente el sentido de cada uno. Es tan fácil limitar el poder popular a los contrapoderes no estatales desde abajo, como subordinarlos a la estrategia de una vanguardia o una institución estatal bajo la condición de “frentes de masas” o similares. Es fácil y absolutamente antidialéctico. También se presenta el riesgo de creer que se ha logrado abarcar el sentido absoluto del poder popular a partir de una delimitación conceptual parcial o a partir de una praxis aislada. Una reflexión profunda sobre el concepto-noción de poder popular, un intento de teorizarlo desde las organizaciones populares, obliga a considerar una fenomenología bien extensa que involucra diversos planos, sujetos y praxis dialécticamente ligados: los aspectos

geopolíticos, el modo de producción, el Estado, la conformación de un nuevo bloque histórico y una nueva hegemonía, la heterogeneidad del sujeto popular, la complejidad de la lucha de clases, los ensayos prefigurativos, la política, el territorio, la cultura, etcétera.

Los textos que componen este libro, no sólo abren el debate, no sólo aportan insumos para la teoría social y, sobre todo, para una teoría política popular, sino que avanzan en la respuesta del interrogante que comparten. Proponen, cada voz con su tono singular, un piso de certezas.

A modo de síntesis un tanto subjetiva y arbitraria podemos decir que estos textos nos sugieren que una política emancipatoria requiere de un profundo enraizamiento en comunidades concretas y en texturas sociales en conflicto con el orden dominante. En efecto, en las páginas que siguen queda bien sentado que una fuerza revolucionaria se nutre de los vínculos solidarios, de la lucha y de la rebeldía del pueblo. Y de su voluntad consciente. Mas allá del empecinamiento de algunas predisposiciones deterministas, resulta evidente que la historia no segrega naturalmente el socialismo.

Estos textos plantean la necesidad de un proyecto global —algunos hablan puntualmente de “un programa”— de democracia socialista, lo que no debería confundirse con la desesperación por tener una agenda detallada y dogmática o con un plan minucioso y totalizante.

Estos textos nos hablan de la importancia que reviste para la lucha de clases la articulación de sujetos plebeyos-populares de carácter plural. Lo que implica la aceptación de las diferencias y la valorización de sus experiencias, sus saberes y su cultura. ¿Alguna vez, en algún lugar, fue políticamente provechoso pensar en términos de una clase con la capacidad inmanente de concentrar los intereses revolucionarios del conjunto social subalterno-oprimido y con el arte de hallar en sus condiciones materiales las orientaciones para su acción?

De vez en vez, estos textos vuelven sobre el problema de las estructuras organizativas de las clases subalternas y oprimidas, pero, en líneas generales, se muestran intransigentes respecto de su carácter democrático, horizontal y abierto. Buscando eludir los vicios vanguardistas y

dirigistas, apuestan por las organizaciones fluidas y reticulares, basadas en las determinaciones desde abajo. Esas estructuras organizativas remiten a planos reivindicativos, políticos, sin excluir los militares.

Estos textos no pasan por alto el análisis del contexto político general de Nuestra América. Las experiencias más avanzadas se distinguen de las denominadas “gobernaldades progresistas”, de las falsas alternativas: el capitalismo con rostro humano, el neodesarrollismo y el neopopulismo. Muchos de sus pasajes invitan a no dejarse seducir por los espacios que las clases dominantes consideran secundarios para su reproducción como clase.

Finalmente, estos textos promueven el desarrollo de unos imaginarios de dimensión utópica y asumen la tarea permanente de infundir libertad en la necesidad. Lo hacen desde un ambiente geocultural y geopolítico bien concreto, aportando a una universalidad emancipatoria pero alejada del monólogo eurocentrista. Dejando bien sentado que no existe pensamiento crítico sin una disputa abierta con la hegemonía burguesa.

Hablamos al comienzo de un libro polifónico. Vale aclarar, a modo de cierre, que la polifonía es una escritura musical de diferentes partes vocales y en contrapunto pero que persigue la homogeneidad rítmica y melódica.

No estamos frente a una totalidad destruida que marcha a la deriva, no es una composición de fragmentos, de piezas literarias mutiladas o de identidades destruidas. Hay una potencia que emana de la congruencia y del diálogo –un contrapunteo de la nueva izquierda chilena– al interior de una nueva generación y entre varias generaciones. Es la diversidad emancipatoria, insumisa y soñadora que, sin abjurar de sus peculiares métodos y perspectivas; con tensiones y fases de desacuerdo, convive, encuentra sus apoyos rítmicos y se retroalimenta. ∞

Lanús Oeste, Provincia de Buenos Aires, Argentina, enero de 2015

